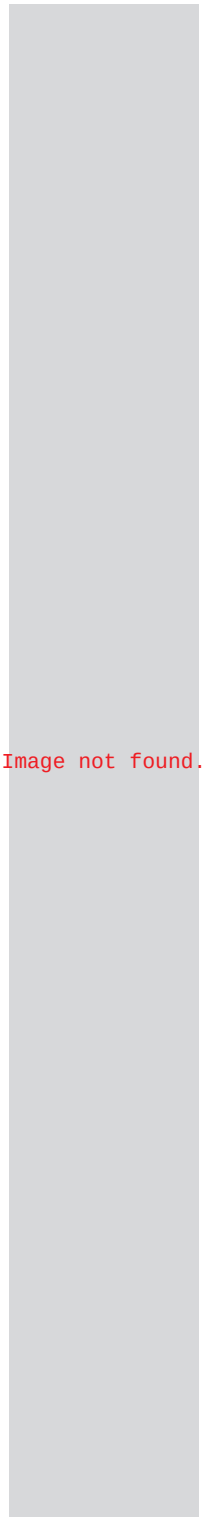
Alberto y el tesoro de El Garduño

S. G. S. Aglarluin



Capítulo 1

Hacía mucho calor, apenas soplaba el aire y sobre las montañas, que había detrás del internado, se asomaban unas nubes oscuras y enormes. Sin embargo, a Alberto no le preocupaba, su atención estaba puesta en un libro que llevaba en las manos: El talismán. Se lo habían prestado en la biblioteca y allí había comenzado a leerlo, pero lo que encontró en su interior, hizo que se marchara rápido a su dormitorio.
Al abrir la puerta, golpeó a un profesor:
—¡Cuidado!
El libro cayó al suelo y el profesor se agachó y se lo entregó a Alberto:
—Alberto, ¿estás bien? —le dijo Juanpe.
El muchacho cogió rápido el libro y asintió.
—Sí, Juanpe. Siento el golpe, no me había dado cuenta...
—Tranquilo. —El hombre sonrió—. ¿Me ayudarás luego en las huertas?
—Por supuesto —le dijo—. No lo he olvidado.
Alberto se despidió rápido y echó a andar hacia su cuarto.
Desde la biblioteca hacia el internado, un monasterio que tuvieron que abandonar los monjes hace ya mucho tiempo, no había mucha distancia. Así que pudo ver que en su habitación había una sombra: Tomás no había salido.
El muchacho frunció el ceño. No debían de haber llamado del hospital todavía, su hermano pequeño llevaba mucho tiempo ingresado por una enfermedad rara, contagiosa y todos los días sus padres le llamaban para decir cómo se encontraba su hermano. Tomás estaba muy afectado, así que, con lo que había descubierto, podría ayudarle a olvidar por un momento su dolor.
Pero Tomás ya había decidido cómo entretenerse. Cuando Alberto abrió la puerta del dormitorio, le dijo:
—He visto a Nacho y me ha comentado que iba a quedar con unas chicas de tercero.
Su amigo parecía muy animado, entonces Alberto recordó a la chica morena de sonrisa tímida y le dirigió una mirada cómplice a su amigo.
—Voy a llamarle ahora mismo —Con el móvil en la mano, Tomás se fijó en que Alberto ocultaba algo— ¿Qué llevas ahí?
—Nada, nada... Solo he venido un momento al baño —mintió.
Alberto se dirigió al baño, cerró la puerta y se sentó sobre la taza del wáter. Suspiró. Si se lo comentaba ahora a Tomás, este no podría mantener la boca cerrada delante de la chica y seguro que la convencía para que los acompañara. Así que optó por callar.
Luego miró el libro, lo abrió con nerviosismo y desdobló la carta que había encontrado en él.
La leyó un par de veces pues no se imaginaba que pudiera ser cierto:

A quien lea esta carta:

En estos momentos que mi vida llega a su fin, he de contar la verdad sobre mí. No siempre fui un monje, antes era conocido como El Garduño, el bandolero más temido de la sierra de Madrid.
Durante mucho tiempo robé a gente rica y conseguí hacer una gran fortuna. Tras repartirla con mis compañeros, guardé mi parte en un cofre, que oculté hasta que la guardia civil se olvidara de mí.
Pero, un día unos guardias civiles me persiguieron, me dispararon y, como estaba malherido, me atraparon. Mientras estaba en los terribles calabozos esperando mi sentencia de muerte, conocí a un monje, el hermano Sancho. Había sido condenado por defender a los pobres y en los calabozos se dedicaba a curar las heridas de los que allí estábamos y nos animaba con hermosas palabras sobre
el perdón y el amor de Dios. Por aquella época, yo era terco y duro de corazón y, cuando me hablaba de Dios, le decía que si existía no dejaría que me mataran como a un perro y me darían otra oportunidad.
Y ocurrió. Todavía recuerdo cómo el verdugo me enrolló la cuerda alrededor de mi cuello, el tacto áspero que tenía y el sudor que empañó mi frente..., pero más claro es el recuerdo del guardia que impidió que tiraran de la barra que accionaba la trampilla por donde yo iba a caer, y las palabras que me dirigió explicando que había sido indultado.
Tras sobreponerme de la sorpresa, recordé lo que le había dicho al hermano Sancho y decidí que era el momento de redimirme. Lo primero que hice fue enterrar el cofre, pues era mi mayor desvelo y me recordaba la vida pasada; luego ingresé en este monasterio y, por fin, encontré la paz que
buscaba y olvidé que una vez fui El Garduño.
Pero en estos días en los que se me acaba la vida, me doy cuenta de que esconder el cofre no era la solución, debí devolver lo que no era mío. Pero ya no tengo fuerzas y aunque está cerca no puedo recoger aquello que salvará mi alma. Así que te pido, lector, si te llega esta carta, que
me ayudes a descansar en paz.

Junto a la carta, Alberto vio que había dibujado un mapa del monasterio con una cruz en el escondite.
—¿Será cierto? —dijo y su voz sonó extraña en el baño.
—¿Qué? —preguntó Tomás al otro lado de la puerta—. Alberto, estoy quedando para las seis, ¿te apuntas?
—He de terminar unos trabajos, además he quedado con Juanpe.
Alberto escuchó cómo su amigo chismorreaba sobre su gusto por ayudar al profesor de Biología en las huertas. Mientras, él se levantó con el mapa en la mano y, apoyando los pies en el borde del bidé, se asomó por el ventanuco.
Desde allí solo se veía un lateral de la biblioteca. No servía de mucho pues en el mapa aparecía el monasterio, la biblioteca y el edificio marcado.
Los golpes en la puerta le sacaron de sus pensamientos.
—Oye, Alberto, ¿vas a tardar mucho?

—Ya termino.
—Eso espero, porque te he visto entrar con un libro...
Alberto bajó del bidé y, acercándose al wáter, tiró de la cadena, contó hasta diez antes de salir.
—Ya era hora. Tengo que vestirme. —Al pasar a su lado, Tomás lo miró extrañado—. ¿Estás un poco raro? ¿Te encuentras bien?
—Sí... ¿Sabes algo de tu hermano?
Tomás se puso serio.
—Hay una cura, pero se encuentra en Boston. —Sus ojos brillaron—. No sé cómo vamos a ir hasta allí.
Alberto le puso una mano en el hombro. No sabía qué decirle. Los muchachos se quedaron callados. Unas lágrimas silenciosas comenzaron a rodar por las mejillas de Tomás.
—He de cambiarme —dijo bajando la mirada y limpiándose los ojos con disimulo, luego alzó la vista y con una sonrisa añadió—. Unas chicas de tercero me esperan.
Cuando Alberto salió al pasillo, se vio envuelto por una turba de chicos. Algunos corrían, otros jugaban al fútbol; las puertas de los dormitorios estaban abiertas, los chicos hablaban casi a
gritos de puro nerviosismo, pues era viernes y tenían todo el fin de semana para jugar al fútbol, salir al cine o quedar con los amigos.
"¡Pobre Tomás! Y qué mala suerte que no pueda ver a su hermano por si se contagia. Espero que traigan la cura desde Boston."
Alberto tuvo que agacharse para que no le dieran con el balón. En un acto reflejo se cubrió la cabeza con la mano en la que tenía la carta. La miró. Sus pensamientos siguieron un curso diferente.
Dudaba de la autenticidad de la carta pero debía arriesgarse, quizás el cofre todavía seguía oculto y nadie lo había encontrado, también pensó en que podía tratarse de una broma por parte de algún alumno de último curso, pero los datos sobre la vida de El Garduño parecían demasiado exactos y reales.
"¿Qué habrá en el cofre? ¿Oro, monedas antiguas?... Quizás sea mentira... No, no puede ser. ¿Y habrá alguna joya? ¿Y qué pasaría con los otros bandoleros? ¿Sabrían que su jefe era un monje? ¿Y qué haré con ello?"
Apretó el paso y saltó a unos muchachos que jugaban a pelearse en el suelo.
"¿Cómo sería el bandolero?"
Abrió la puerta que conducía al claustro. Lejos del jaleo de los muchachos, en el patio solo se escuchaba el canto de los pájaros y el sonido de la fuente.
Ante tanta tranquilidad, Alberto sacudió la cabeza para olvidarse de todos los pensamientos, luego respiró profundamente:
—Antes he de saber dónde se oculta el cofre.
Al otro lado de los dormitorios, cruzando el claustro, se encontraba el único lugar desde el cual Alberto podría observar el terreno del monasterio en su amplitud. Levantó la vista hacia el campanario de la iglesia.
Como el monasterio, la iglesia estaba construida con bloques grandes de

piedra, dos portalones de madera permanecían abiertos durante todo el día, en un lateral se encontraba el campanario.
A pesar de entrar la luz por las vidrieras de diferentes colores y de la iluminación de las velas, el interior estaba oscuro.
Alberto caminó entre los bancos despacio para no molestar a las personas que había arrodilladas.
El sonido rebotó entre las paredes y el chico apretó el paso hasta introducirse en la torre del campanario. La escalera ascendía en espiral, sus escalones eran estrechos y tan altos que subirlos era agotador, por eso cuando llegó al final tuvo que apoyarse para coger aliento. Después se asomó desde la terraza donde permanecía callada la campana.
El muchacho se quedó boquiabierto.
Nunca antes había visto el terreno del monasterio, amplio y armónico. Altas, oscuras y acechadas por las nubes grises, se erguían las montañas; delante de ellas, el panteón de los monjes, en cuya cúpula se había esculpido un ángel con una espada; luego, el paisaje se veía salpicado por pequeñas huertas, donde crecían diferentes árboles frutales; un cobertizo las separaba de los campos de fútbol y, finalmente, cerca del monasterio y de la iglesia, la biblioteca.
Alberto miró el mapa y se fijó en el edificio marcado. Se dio una palmada en la frente, tanto ayudar a Juanpe a transportar la carretilla y los utensilios de labranza al cobertizo y no había sabido reconocerlo en el mapa.
Intentó recordarlo, quizás había estado a su alcance el cofre y no se había dado cuenta.
Pero unos pasos le hicieron mirar con ansiedad hacia el interior de la torre, aunque apenas se veían los primeros escalones.
Alberto no quería que lo vieran pero en el campanario no había donde esconderse.
Suspiró aliviado. El hombre de pelo rizado y gran altura no podía ser sino el profesor de Biología.
—¡Alberto! —exclamó sorprendido.
—Hola, Juanpe —sonrió el muchacho—. ¿Qué haces por aquí?
El profesor se acercó a la terraza y respiró profundamente.
—Esperaba verte más tarde... —dijo el profesor y luego, extendiendo el brazo, añadió— ¿No te parece maravilloso? Desde aquí se ve todo el monasterio. Las huertas y el cobertizo parecen más pequeños. Fíjate en los alumnos y los profesores, son como hormigas. ¡Qué perspectiva tan diferente!
—Sí. Es una vista bonita.
—Es más que bonita, Alberto —dijo entusiasmado—. No se oye el ruido de los chicos, ni las protestas de mis compañeros —le guiñó un ojo—. Aquí vengo a despejarme, Alberto... Y ahora tendrás que guardar mi secreto.
Alberto sonrió.
—Tampoco he dicho nada del tabaco que hay plantado en el invernadero.
Juanpe se rio.
—Sí, tienes razón.
Juanpe era un profesor simpático y agradable con los alumnos, tanto en

las clases como fuera de ellas, echaba partidos con ellos a baloncesto, a fútbol. Y cuando se tenía un problema era más fácil contárselo a él que al tutor.
—Y a ti, ¿qué te ha traído hasta aquí?
Alberto desvió la mirada.
—Estoy preocupado por Tomás —dijo—. No sé cómo ayudarle con lo de su hermano.
—Sí, algo he oído en la junta de profesores.
—Tiene una enfermedad rara. Les han dicho a sus padres que el único hospital que puede curarla está en Boston... y ya sabes que los padres de Tomás no tienen mucho dinero.
—Es cierto. —Juanpe miró fijamente a Alberto y le dijo—. ¿Nunca te han dicho que mientes muy mal? No estás aquí por tu amigo...
El chico palideció y el profesor se rio de nuevo.
—Tranquilo, no te voy a obligar a que me digas nada. Puedes guardar tu secreto.
Se quedaron en silencio. El profesor se giró despreocupado hacia el paisaje. Alberto miró la carta con el mapa y luego a Juanpe.
—Juanpe...
El hombre lo miró.
—¿Cómo eran los monjes que vivían aquí?... ¿A qué se dedicaban?
—Los monjes, además de rezar, trabajaban la tierra y cuidaban animales —comenzó a explicar —. En la biblioteca había algunos que copiaban los manuscritos.
Alberto se movió nervioso.
—Pero, ¿es posible que no todos fueran monjes?
—Me imagino que habría algún campesino... —Juanpe se sorprendió—. Creo que no es eso lo que quieres saber. ¿Qué te preocupa?
El muchacho no sabía si contárselo y tampoco sabía cómo explicarse.
Al ver que no respondía, Juanpe le comentó que seguramente habría monjes que serían de origen humilde, no todos serían hijos de nobles; incluso habría alguno que habría llevado una mala vida y que buscaba la salvación de su alma.
Alberto abrió mucho los ojos.
—¿Algún bandolero?
—Posiblemente.
—¿Y crees que podía haber escondido algún tesoro?
Juanpe se giró hacia él y lo miró detenidamente.
—No lo sé, quizás sí. Pero con esto no quiero animarte a que empieces a cavar como un loco por el terreno del monasterio. —Le sonrió, se apoyó en la piedra y señaló el paisaje—. Lo dejarías como una huerta con topos y me tocaría cerrar los hoyos.
—No hace falta, sé dónde está —dijo rápidamente.
Juanpe estaba asombrado.
—¿Qué estás diciendo?
Con pocas palabras, Alberto le puso al corriente de la carta y del mapa que había encontrado.
Luego le preguntó:

—¿Crees que puede ser cierto?
Tras mirar detenidamente la carta y el mapa, el profesor dijo:
—Sí, parece real. Según estos datos, el cofre estaría enterrado en el cobertizo... —Entonces Juanpe soltó una carcajada—. Así que por esto estabas aquí. —Y sonrió—. Y yo que pensé que te gustaba la soledad.
Alberto no pudo reprimir una sonrisa.
—¿Me ayudarás? —añadió esperanzado.
—Por supuesto.
—Entonces, vayamos al cobertizo.
Descendieron por los escalones a la iglesia y de allí marcharon hacia el cobertizo. Había un grupo de alumnos jugando en uno de los campos, por esa razón tuvieron que sortearlo y no atravesarlo, que hubiera sido más rápido. Al hacerlo, Alberto vio que Tomás estaba con un grupo de chicas, aunque por su expresión sabía que su amigo no se estaba divirtiendo cómo había esperado. Lo saludó con un movimiento de cabeza y Tomás le sonrió.
—¡Qué descubrimiento tan asombroso has hecho, Alberto! —iba diciendo Juanpe.
Se había centrado tanto en el tesoro que no parecía darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.
Alberto tuvo que apartarle de la trayectoria de un balón perdido varias veces, para regocijo de Tomás que parecía no quitarles la vista de encima.

Con grandes zancadas, llegaron hasta el cobertizo. Juanpe sacó las llaves y abrió la puerta.
Entraba poca luz en el interior, las siluetas de los utensilios de labranza se adivinaban en las sombras.
—Coge la linterna, a esta hora no se ve nada —susurró Juanpe—. Espero que pronto instalen la luz.
El muchacho se movió con soltura, sorteó un cortacésped y llegó hasta el armario que había junto a la pared del fondo. Lo abrió y de un estante cogió la linterna.
—Aquí está.
Encendió la linterna e iluminó el interior, en las paredes estaban colgados azadones, picos, palas y rastrillos de diversas formas y tamaños, una guadaña cuyo filo brillo con la luz; sobre las mesas había regaderas de colores, unos guantes y tijeras; volcada sobre el suelo una carretilla.
—¿Dónde estará el cofre? —preguntó Alberto.
En aquel lugar no había ningún sitio para esconder un cofre pues el único armario que había era de donde había cogido la linterna.
El profesor miró el suelo. No había baldosas, Juanpe movió su pie por encima de la tierra.
Luego miró a Alberto.
—Quizás no esté en el cobertizo, sino bajo el cobertizo.
—¡Enterrado! —dijo Alberto emocionado. Luego movió los hombros—. Nos va a llevar horas o días encontrarlo.
Juanpe rio.
—¡No exageres! El cobertizo no es muy grande y seguro que hay alguna

marca o señal que nos indique dónde está.
Se pusieron a registrar el suelo, removían la arena, apartaron las carretillas y el cortacésped, espantaron a los insectos y arañas pero no parecía que hubiera nada extraño.
Cansado, Juanpe se puso en pie.
—Me doy por vencido. Hemos buscado por todo el cobertizo y no hay ni rastro.
Tumbado en el suelo, Alberto continuó apartando la arena, las piedras y los hierbajos, iba gateando y sin darse cuenta se chocó con el armario. Lo iluminó y bajó rápidamente la luz al suelo.
—No, no hemos buscado por todo el cobertizo. —Le señaló a Juanpe el armario.
Tenían que moverlo. Alberto dejó la linterna en el suelo y ayudó a su profesor. Aunque el armario pesaba, consiguieron arrastrarlo.
Alberto se echó con rapidez al suelo y empezó a coger la arena como un niño en una playa, y sus dedos arañaron algo duro. Se paró. Juanpe le dio una pequeña pala y juntos apartaron la arena.
Una piedra con una argolla surgió del suelo. Tuvieron que tirar con todas sus fuerzas para que se elevara y retirarla a un lado.
Alberto enfocó con la linterna el agujero. Había unas escaleras de piedra que bajaban a un túnel. El muchacho descendió y lo iluminó. Se debía de haber excavado hace mucho tiempo pues las paredes estaban cubiertas de telarañas y Alberto y Juanpe tenían que apartarlas para poder avanzar.

El suelo estaba cubierto de polvo y en algunas zonas estaba embarrado, porque unos hilillos de agua descendían por las paredes. Sus pasos resonaban por el túnel y competían con el monótono sonido de las gotas.
Alberto tragó saliva. La luz de la linterna era devorada por la oscuridad y dibujaba sombras alargadas en las paredes.
Escuchó que Juanpe a su lado se reía.
—No tendrás miedo, ¿verdad?
Alberto se enderezó.
—Por supuesto que no.
Y comenzó a avanzar más decidido, pero tuvo que agarrar con fuerza la linterna para que el temblor de su mano no se advirtiera en la luz.
Entonces, bajo el sonido de sus pasos los escucharon: unos quejidos débiles.
Alberto se paró. Miró asustado al profesor.
Este le susurró:
—Parece que viene del techo...
Instintivamente, Alberto iluminó el techo y una multitud de alas negras y chillidos los envolvieron.
El muchacho comenzó a gritar y, cuando algo le hirió en la mano, se tapó rápidamente el rostro y se agachó hecho un ovillo.
Cuando la nube escapó por delante de ellos, notó que Juanpe le ponía una mano en el hombro.
—Tranquilo, Alberto, solo eran murciélagos.
El muchacho estaba pálido y sus labios temblaban cuando se levantó.

—Respira despacio —le enseñó—. De ese modo, te calmarás antes.
Todavía se oían los chillidos de los murciélagos mientras se alejaban por el túnel y Alberto miró asustado la oscuridad que los engullía. No quería seguir el mismo camino que habían hecho los animales.
—El cofre nos espera —le animó Juanpe—. No creo que nos encontremos con los murciélagos de nuevo.
El muchacho asintió y continuaron andando. El túnel parecía muy largo pero siempre en línea recta, hasta que en un momento llegaron a una cámara. En la pared del fondo había una pequeña cavidad, donde descansaba un cofre dorado, cubierto de telarañas y polvo como los tesoros de los piratas.
Alberto estaba tan emocionado que comenzó a reír mientras que Juanpe echó a correr hacia el cofre y, cogiéndolo con rapidez, se agachó y lo intentó abrir pero no pudo.
—¡Maldición! —exclamó—. Está cerrado con llave.
Rebuscó en la cavidad y no la encontró.
En el suelo, donde antes se había agachado Juanpe, había una pequeña llave dorada. Alberto la recogió.
—Aquí está.
Juanpe se volvió hacia él bruscamente y, apoyando el cofre en el suelo, lo abrió.
El muchacho se acercó para ver de cerca el resplandor del oro y de las monedas antiguas.
Silbó.
—¿Qué te parece si nos lo repartimos? —le dijo a Juanpe, que se había puesto en pie.
—No, Alberto.
El chico volvió a reír.
—Lo decía en broma. Daremos este dinero a los pobres como quiso El Garduño...
Sintió que Juanpe se apartaba.
—No he buscado tanto tiempo para dárselo a unos pobres —su voz sonó extraña, seca y cortante.
Alberto se giró. Juanpe estaba distinto, en sus ojos había un brillo de codicia y ambición que nunca había visto.
—Gracias por tu ayuda, Alberto, pero creo que podré ingeniármelas solo para llevarlo hasta arriba.
—¿Qué estás diciendo?
Juanpe agarró al chico por los hombros y lo zarandeó.
—Escucha, niño, llevo muchos años en este internado intentando dar con la carta y ahora no te vas a interponer en mi camino.
Cogiendo las manos del profesor para soltarse, Alberto intentó hablar pero su voz sonó débil:
—Pero, profe, no es nuestro...
—Cállate, soy un descendiente de El Garduño, así que este cofre me pertenece.
Le quitó la linterna, le golpeó en el vientre y lo tiró.
Alberto cayó al suelo con un quejido. Del dolor no se podía mover y vio

impotente cómo el profesor se marchaba con el cofre en una mano y en la otra, la linterna. La luz poco a poco fue desapareciendo hasta que Alberto quedó sumido en la oscuridad. Entonces sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas, no sabía si del dolor o del miedo que se apoderó de él. Pensó en que si Juanpe ponía la piedra en su sitio, él no podría salir de aquel túnel y probablemente moriría.
—No quiero morir aquí —sollozó.
Y su voz resonó por las paredes desnudas, rebotando en cada piedra. Después todo fue silencio, un silencio que oprimía los oídos. Pero parecía que había algo agazapado, esperando a
acercarse a Alberto y devorarle, entonces el muchacho abrió mucho los ojos para intentar ver y no lo consiguió. Todo era oscuridad. Oscuridad y el goteo del agua. Este se agrandaba y llenaba la cámara.
Continuaba de un modo monótono.
Alberto tembló y se lamentó de haber confiado en el profesor y de estar encerrado en un túnel sin salida y con el temor de que los murciélagos regresaran. Entonces, recordó que los murciélagos habían avanzado delante de ellos, sin embargo no se les oía. Quizás había otra salida, pues no podían vivir en ese sitio tan cerrado; esta idea lo animó.
De este modo, se acercó a la pared de la cámara y comenzó a gatear en busca de una salida.
Las paredes eran rugosas, piedra sin tallar y, al ir deslizando la mano, Alberto notó que se hería en los dedos. De vez en cuando una telaraña suave se pegaba en su mano. El chico intentaba no pensar en los bichos y arañas y centraba su atención en encontrar la otra puerta, por eso sonrió cuando notó que una de las paredes torcía. No sabía si sería un túnel u otra cámara, pero él siguió gateando, tocando la arena del suelo, por si acaso había algún agujero como en las películas, y la pared para no perderse. Rezó para que no fuera un laberinto.
Perdió la noción del tiempo, parecía que había pasado varios días gateando por aquel túnel, sin embargo, se iba repitiendo que cada vez estaba más cerca de la salida.
Y así debía de ser porque frente a él surgió una pequeña luz, Alberto parpadeó un par de veces, sorprendido.
—Hay una salida —dijo en voz alta.
Se levantó y anduvo más rápido hacia ella.
Sus pies comenzaron a pisar un suelo firme, de baldosas, y se animó a correr. Pero tropezó con una piedra, se oyó un gran estrépito y Alberto cayó sobre las piedras.
Cuando se iba a levantar se iluminó el túnel durante unos segundos con una luz blanca y brillante que mostró el suelo cubierto de huesos, limpios y rotos. Alberto gritó y su voz se ahogó con el retumbar del trueno.
El muchacho echó a correr de nuevo, salió del túnel a una estancia grande, en cuyas paredes había unos nichos, donde reposaban unas tumbas. En las columnas que sujetaban la bóveda se había tallado unas esculturas de monjes y santos. Y en el pasamano de las escaleras brillaban unas pequeñas
calaveras.

Un relámpago alumbró la sala, creando sombras entre las columnas. Estaba en el panteón de los monjes. El trueno retumbó entre las paredes. Cuando se extinguió el sonido del rayo, en la estancia se oyó un largo lamento. Alberto sintió un escalofrío en la espalda. Por las escaleras bajaba despacio una sombra. Vestía un hábito de monje con la capucha echada sobre su cabeza.
Alberto estaba paralizado, tenía los cabellos erizados y repentinos temblores lo asaltaban.
Aquel monje era transparente.
Cuando llegó al último escalón levantó su cabeza hacia el muchacho.
—Ayúdame —le dijo con voz triste.
Alberto tenía fijos los ojos en la sombra que había bajo la capucha.
—El cofre ha desaparecido de su sitio y no para restablecer mi delito —dijo el monje.
—Eres El Garduño... —susurró Alberto con voz débil.
El monje no contestó, se llevó la mano a la capucha.
Alberto cerró los ojos y apretó los labios. Paso el tiempo, el monje seguía callado y Alberto entreabrió un ojo.
El monje tenía el pelo rizado y unos ojos marrones y tristes. Suspiró cuando vio que el muchacho lo miraba asombrado.
—Muchacho, quiero que me ayudes, no matarte de un susto.
Se desplazó por el panteón hasta una de las tumbas que había en la pared. Con la mano le indicó que se acercara, Alberto tragó saliva. La curiosidad podía más que el miedo.
—Tienes que recuperar el cofre y utilizarlo para un bien.
—Pero, no sé dónde está. Juan Pedro se lo llevó.
Sus ojos marrones brillaron con furia.
—Lo sé. Mi propia sangre prefiere beneficiarse del tesoro robado antes que verme descansando eternamente —protestó el monje. Luego se tranquilizo y comentó—. Por eso tienes que encontrarlo.
—¿Cómo?
—Escucha, muchacho, dentro de esta tumba hay un objeto que te ayudará.
La mano de El Garduño se fue a posar sobre el hombro de Alberto, pero lo atravesó. El muchacho sintió un escalofrío y sus dientes castañearon.
El Garduño movió la cabeza:
—Como ves yo no puedo tomar nada entre mis manos.
—Está bien...
Miró la tumba. Era vieja, tenía partida la tapa, donde se leía el nombre del difunto: el hermano Lorenzo.
—Sí. Ese es mi verdadero nombre —le susurró el monje a su lado.
Alberto cogió la tapa y la empujó a un lado, al caer, levantó polvo y Alberto tosió.
Dentro había un esqueleto vestido con un hábito, a su alrededor había una telaraña donde se mecía una araña negra y de patas velludas, unos gusanos se movieron entre la tela y un escarabajo gordo echó a correr buscando un escondite.
El muchacho miró aprensivo el esqueleto y los bichos.

—Mira en el bolsillo del hábito.
El Garduño se asomaba por encima de Alberto. Tenía una expresión anhelante. Así que Alberto apretó los labios y metió la mano en el ataúd, notó la araña acercarse a él y un gusano dentro del bolsillo, pero el muchacho se mordió la lengua y desvió la mirada. El bolsillo del hábito era rugoso.
—No hay nada —dijo decepcionado.
Entonces oyó que El Garduño se reía. Estaba a su lado agarrándose el vientre y dándose palmadas en la pierna.
Alberto sacó la mano del bolsillo y se giró hacia él.
El Garduño posó su mano en el hombro del muchacho.
—¡Qué divertido ha sido!
Asombrado, Alberto miró la mano del fantasma en su hombro.
—¡Puedes tocarme!
—Claro que sí —dijo El Garduño e hizo que se limpiaba las lágrimas inexistentes—. Pero no he podido controlarme. Hacía años que no me reía tanto.
Alberto levantó una ceja, se acercó al fantasma y lo señaló.
—Escúchame: si quieres que te ayude me harás caso —dijo enfadado.
Un relámpago iluminó el panteón y el eco del trueno jugó en las paredes.
—No voy a soportar sustos, ni bromas ni risas a mi costa. ¿Lo has entendido?
El monje dejó de reírse y movió los hombros.
—De acuerdo, muchacho.
—Me llamo Alberto —Le brillaron los ojos.
—Compréndeme, Alberto, llevo más de doscientos años condenado a vagar únicamente por este panteón, sin más compañía que los murciélagos y los insectos. Condenado a no poder llegar hasta el cofre —dijo el monje—. Además te he oído llorar varias veces y quería saber si tenías valor.
Respirando más despacio, el muchacho se dirigió hacia el ataúd. Algo le había llamado la atención.
—¿Qué hay bajo tus pies? —dijo señalando el esqueleto.
—Pedí que me enterraran con mis pertenencias.
El muchacho introdujo la mano entre los huesos del esqueleto, seguía dándole dentera pero ignoró los pensamientos y se concentró en el objeto donde se guardaban las pertenencias de El Garduño.
—¡Es un cofre! —exclamó.
Era pequeño y pesado y muy parecido al del tesoro.
—¡Pues claro! ¿Dónde pensabas que iba a guardar mis cosas? —dijo extrañado el monje.
Alberto no hizo caso del comentario e intentó abrirlo.
—No se puede si no tienes la llave adecuada —y le indicó que siguiera mirando.
Alberto entrecerró los ojos y miró desafiante al fantasma.
—No te estoy mintiendo. La llave está en mi otro bolsillo... Está bien —dijo refunfuñando y metió la mano en el bolsillo del hábito. El fantasma apretó los labios cuando un gusano le subió por el brazo.
Con un movimiento de la mano, Alberto se lo quitó.

En la mano, el fantasma tenía una llave pequeña y herrumbrosa. El muchacho la cogió y abrió el cofre, en vez de oro y monedas como pensaba encontrar vio que había una pequeña pero gorda biblia y un rosario.
—Soy monje, ¿qué esperabas encontrarte? —dijo El Garduño ante su cara de decepción.
Debajo de la biblia, encontró otro librito de acertijos y adivinanzas.
—Es un libro muy divertido —se excusó El Garduño.
—¿Te importa que me lleve el cofre? —dijo Alberto.
—No, los acertijos ya me los sé y en cada ataúd hay una biblia.
—Bien ya es hora he de recoger el tesoro. —Antes de subir las escaleras se volvió al fantasma
—. ¿Esta llave solo abre este cofre?
—No. También servía para el cofre.
Alberto sonrió, luego subió los escalones de dos en dos y en la mitad se encontró con el fantasma que se había elevado hasta él.
—Espera —El Garduño le tendió un zurrón—. Toma, esto te servirá para llevar el cofre. —Al ver su expresión interrogante añadió—. Tranquilo, está limpio.
Alberto lo cogió. El muchacho seguía con el ceño fruncido.
—Gracias, Alberto —le dijo el monje y sus ojos reflejaron el dolor de los años.
El muchacho sonrió.
Un rayo iluminó las escaleras, mientras subía Alberto.
—Otra cosa, Alberto —El monje estaba junto al ataúd, levantó la capucha del esqueleto—. ¿No quieres un hábito para protegerte de la lluvia? —Le sonrió.
Con una sonrisa, Alberto movió la cabeza y siguió subiendo las escaleras. En algunas zonas faltaba algún peldaño y temblaban los escalones, pero Alberto no temía que se cayeran, al fin y al
cabo se había enfrentado a un fantasma.
Cuando salió del panteón, parecía noche cerrada, la lluvia fina caía abundantemente y pronto Alberto estaba empapado.
El muchacho levantó la vista y miró hacia las montañas.
—El paso del Águila —susurró Alberto.
Iba a echar a correr cuando oyó que lo llamaban.
—¡Alberto! —Tomás venía corriendo, con una linterna—. ¿Dónde estabas? Desde que vi a Juanpe salir solo del cobertizo, pensé que te había ocurrido algo.
Luego lo miró y dijo:
—Tío, estás horrible. ¿Sales de las cloacas del internado?
Alberto se alegró de verlo y soltó una carcajada.
—No, pero casi aciertas.
Mientras ascendían por la montaña, le contó toda la historia, aunque omitió el dato del fantasma.
—¿Crees que ha tomado ese paso? —preguntó Tomás.
—Si quisieras salir del internado sin que nadie te viera, ¿por dónde irías? —dijo casi gritando, pues el sonido de la lluvia y los truenos les impedían

escucharse.
Tomás lo miró y afirmó con la cabeza.
Los muchachos subieron por el sendero. La lluvia arreciaba y apenas se veía el camino. El ascenso era lento. El terreno de arena se había transformado en un barrizal y los regueros de agua, que bajaban de la montaña, convertían el suelo en un lugar resbaladizo. Sin fijarse donde pisaba, Tomás cayó de bruces, se arañó la cara con unas piedras.
—Mira bien dónde pisas —le advirtió Alberto, cuando le ayudó a incorporarse.
Las ramas de los pinos azotaban el aire y algunas caían al suelo. Estaba oscuro, las gotas de la lluvia les resbalaban por la cara y se les metían en los ojos. Instintivamente, se limpiaban con las
manos, pero no servía de nada. Alberto dio gracias por la linterna de Tomás y por el resplandor de los rayos.
Un relámpago serpenteó por el cielo nublado. En lo alto del sendero, cerca del borde del camino, se recortó una figura.
Alberto le hizo una seña a Tomás, para que parara.
—Tomás, escóndete —dijo Alberto al acercarse a su amigo—. Pase lo que pase, impide que te vea.
Tomás asintió.
Juanpe se había parado. Se tocaba los bolsillos del pantalón, luego se agachó y rebuscó por el suelo con una mano. En la otra tenía el cofre. Durante unos instantes estuvo tanteando el terreno, como no encontró lo que buscaba, dejó el cofre en el suelo y se ayudó de las dos manos. Alberto aprovechó la ocasión y se aproximó a él. Del zurrón sacó el pequeño cofre con las pertenencias del monje y lo iba a cambiar con el del tesoro, cuando Juanpe se giró con la llave en
una mano.
—¿Qué haces? —Se fijó en el cofre que Alberto tenía en las manos—. ¡Suéltalo!
Alberto se negó:
—Este dinero no te pertenece.
Juanpe guardó la llave en un bolsillo, con rapidez agarró el cofre y forcejeó con Alberto, mientras el muchacho golpeó con el pie el otro cofre, que resbaló por el sendero.
Ninguno de los dos lo soltaba, Juan Pedro, viendo que el muchacho tenía más fuerza de la que aparentaba, lo golpeó con la cabeza en la frente, pero Alberto no cedió; sin embargo, al moverse para esquivar los golpes del profesor, notó que sus pies estaban cerca de la pendiente del precipicio.
—¡Cuidado! —gritó Tomás.
Pero su voz se perdió con el sonido de los relámpagos.
Cansado de forcejear, Juanpe dio un puñetazo a Alberto en la nariz. El muchacho soltó el cofre para protegerse, pero el profesor fue más rápido y le volvió a embestir, el muchacho perdió el equilibrio y, resbalando por el barro, cayó por la pequeña pendiente. En su descenso, Alberto chocó con unas ramas y se agarró a ellas, para evitar la caída al precipicio, pues sus piernas colgaron sobre el vacio.

Desde el sendero, Juanpe se rió. Le enseñó la llave y el cofre y se marchó.

Rápidamente, se asomó la cabeza de Tomás.
—¡Ayúdame! —gritó Alberto.
—Tranquilo, ya te cojo.
Tomás se había tirado cerca del borde y asomaba parte del cuerpo, estiró el brazo y sus dedos rozaron la mano de Alberto. Intentaba no resbalar por la pendiente.
—Aguanta... —Y el muchacho se estiró tanto que sintió la tirantez en los músculos.
Las ramas crujían por el peso y se iban tronchando.
Pero Tomás fue más rápido y consiguió agarrar a su amigo. Tiró de él hasta subirlo por la corta pendiente hasta el sendero.
Sentados y cansados, Tomás se lamentó:
—Hemos perdido el tesoro.
Alberto resoplando le pidió unos segundos, luego dijo sonriendo:
—Gracias, Tomás —Se levantaron y Alberto recogió el cofre que había dado una patada—. Pensaba que tenías más confianza en mí.
Sacó del zurrón la llave y la introdujo en la cerradura. El resplandor de un relámpago iluminó las monedas y las joyas.
Tomás exclamó:
—¡Los has cambiado!
El trueno se oyó lejano cuando Alberto respondió:
—Así es. Y ahora vámonos antes de que se dé cuenta del cambio.
Descendieron con rapidez hacia el monasterio. La lluvia los acompañó como una lenta música en su descenso.
Cerca del panteón, Alberto estuvo tentado de entrar y contarle a El Garduño cómo había conseguido engañar al profesor, pero sabía que no podía perder el tiempo. Juanpe podría descubrirlo
y perseguir a los muchachos.
Andando por los campos de fútbol, Tomás le preguntó:
—¿Qué harás con el dinero?
—Lo que El Garduño pidió: ayudar a los necesitados.
—¿Lo entregarás a una ONG? Yo conozco algunas.
La hierba estaba húmeda y había charcos brillantes por los rayos del sol que comenzaba a surgir entre las nubes. Algunos petirrojos cantaban y a lo lejos cruzó una liebre a grandes saltos.
—No, Tomás, hay una persona que lo necesita —le miró y sonrió—. Tu hermano.
Tomás se paró. Cuando Alberto se volvió hacia él, su amigo lo abrazó.

Unos días más tarde, mientras veían jugar un partido de fútbol, Alberto y Tomás escucharon que un profesor decía:
—Estoy seguro que era Juanpe.
—Pero, ¿no decían que estaba en El Caribe? —preguntó otro.
—Más quisiera él —dijo el profesor—. Lo encontré en un cambista. Quería hacer pasar una biblia y un libro de acertijos por monedas antiguas y oro.

El otro profesor lo miró extrañado.
—Cuando se lo llevaron al manicomio iba gritando que era un famoso bandolero.
—Creo que es el mejor sitio en el que puede estar —concluyó el otro profesor.
Alberto y Tomás se miraron y sonrieron.